

El retorno

Colección de autores portugueses

Director: **Antonio Sáez Delgado**

Dulce Maria Cardoso

El retorno

TRADUCCIÓN DE JERÓNIMO PIZARRO



LA UMBRÍA Y LA SOLANA



LA UMBRÍA Y LA SOLANA

Título original: *O retorno*

© Tragaluz Editores, 2015

El retorno

Dulce Maria Cardoso

Primera edición: febrero de 2018

© Dulce Maria Cardoso, de acuerdo con la Agencia Literaria

Mertin Inh. Nicole Witt e. K., Frankfurt am Main, Alemania

© de la traducción del texto, Jerónimo Pizarro

© de la cubierta, María Cano

© de la edición, Editorial La Umría y la Solana, 2018

c/ Pez Austral, 11

28007 Madrid

info@laumbriaylasolana.es

www.laumbriaylasolana.es

Coordinación editorial: Pilar Ramos Vicent, Feliciano Novoa Portela
Director de la Colección de autores portugueses: Antonio Sáez Delgado

Diseño y composición: Raúl Areces

ISBN: 978-84-948327-0-3

Depósito legal: M-4790-2018

Impresión: Gracel Asociados

Impreso en España - Printed in Spain

Bajo las sanciones establecidas por las leyes, quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico o electrónico, actual o futuro (incluyendo las fotocopias y la difusión a través de Internet) y la distribución de ejemplares de esta edición mediante alquiler o préstamo públicos.

Para los desterrados
Para Luís, mi soporte

Nota del traductor

Dulce Maria Cardoso es una autora que utiliza el mínimo posible de signos ortográficos. No encontrará el lector dos puntos ni punto y coma; tampoco signos de interrogación ni de exclamación. Las comillas también faltan, pues en el flujo de memoria que la autora intenta captar ese signo tipográfico no existe. De hecho, *El retorno*, como otros libros de Cardoso, fue escrito de memoria, tras descartar un largo manuscrito y diferentes versiones, tras resolver una serie de dudas y bloqueos, porque la autora, además de utilizar sus memorias y las de otras personas, un día se sentó a redactar en sucesivos tirones, en pocos días, toda la novela a partir de lo que recordaba haber escrito. Método singular que le otorga a este libro y a otros de Cardoso una gran cohesión; método aplazado que obliga a descartar muchos borradores y a dedicarle años a cada libro. A Dulce Maria Cardoso un libro primero la acecha y le da vueltas; luego se materializa en una serie de hojas dactilografiadas; pero no toma forma «definitiva» antes del sacrificio de esas hojas en la pira de la memoria: para encender esa pira, Cardoso se encierra varias semanas, recupera el libro que guardó celosamente y lo vuelve a escribir como si no hubiera existido antes. Los editores la presionan, pero ella espera, paciente, el día de ese rito en que volverá a escribir el libro que ya escribió. Suele hacerlo renunciando a algunos tiempos verbales, aproximándose aún más a la oralidad, buscando no utilizar una palabra que ella no suela pronunciar o no haya oído. Hasta que un día vuelve a salir a las calles, camina por una acera con los árboles en flor y sale a pasear con un nuevo libro, absolutamente imprescindible como este, que pronto entregará y todos querremos leer. *El retorno* es un homenaje a la literatura que Flaubert volvió a inventar y que Cardoso sigue inventando desde que, muy joven, descubrió su vocación.

Pero en la metrópoli hay cerezas. Cerezas grandes y brillantes que las muchachas se ponen en las orejas como si fueran aretes. Muchachas bonitas como solo las de la metrópoli suelen ser. Las muchachas de por aquí no saben cómo son las cerezas, dicen que son como las grosellas. Aunque lo sean, ellas nunca se ponen aretes de grosellas mientras se ríen unas con otras como lo hacen las muchachas de la metrópoli en las fotografías.

Mamá insiste para que papá se sirva un poco de carne asada. La comida se va a estropear dice, este calor arruina todo, unas horas y la carne comienza a ponerse verde, y si la pongo en la nevera se va a secar como una suela. Hoy mamá habla como si esta noche no fuéramos a tomar el avión con destino a la metrópoli, como si mañana pudiéramos comer las sobras de la carne asada envueltas en un pan, en el descanso más largo de la escuela. No insistas, mujer. Al apartar la bandeja, papá derriba la cesta del pan. Mamá la levanta y recoge las migas con el mismo cuidado que pone, todas las mañanas, en ordenar las pastillas antes de tomarlas. Papá no era así antes de que esto comenzara. Esto son los tiros que se oyen en el barrio que está más arriba del nuestro. Y nuestras cuatro maletas, aún sin cerrar, en medio de la sala.

Nos quedamos mudos, en un silencio tan ceremonioso que el ruido del ventilador se hizo más audible. Mamá cogió la bandeja de la carne y se sirvió un poco, repitiendo los gestos contenidos que solía usar con las visitas. Al posar la bandeja en la mesa, pasó lentamente la mano sobre el mantel de las dalias. Ahora ya no hay nadie que quiera visitarnos, pero incluso antes de que esto comenzara era raro que alguien lo hiciera. Mi hermana dijo, todavía me acuerdo del día en que aquel gallo, el gallo de loza que está en el banco de mármol, se cayó al suelo y se desportilló la cresta. Recordamos detalles insignificantes porque ya comenzamos a olvidarlos. Y todavía no hemos dejado la casa. El avión despegará un poquito antes de la medianoche, pero tenemos que salir más temprano. El tío Zé nos va a llevar al aeropuerto. Papá llegará después. Después de matar a Pirata y de prenderles fuego a la casa y a los camiones. No creo que papá mate a Pirata. Tampoco creo que papá haga arder la casa y los camiones. Creo que dice eso para que no pensemos que ellos se van a reír cuando nos vayamos... Ellos son los negros. Sin embargo, papá compró bidones de gasolina que están guardados en la bodega. Tal vez sí sea verdad, tal vez papá logre matar a Pirata y quemar todo. Pirata se podría quedar con el tío Zé, que no se marcha porque quiere ayudar a los negros a formar una nación. Papá se ríe siempre que el tío Zé habla de la nación grandiosa que se erguirá por la sola voluntad de un pueblo oprimido durante cinco siglos. Pero aun si el tío Zé prometiera que iba a cuidar a nuestra Pirata, no serviría de nada, papá cree que la única cosa que el tío Zé sabe hacer es deshonar a la familia. Y tal vez tenga razón.

Pese a ser el último día que nos quedaba aquí, nada era muy diferente. Almorzamos sentados en la mesa de la coci-

na, la comida de mamá seguía siendo poco sabrosa, teníamos calor y la humedad del *cacimbo*¹ nos hacía transpirar. La única diferencia es que estábamos más callados. Antes solíamos hablar del trabajo de papá, de la escuela, de los vecinos, de la aspiradora que mamá codiciaba en las revistas, del aire acondicionado que papá había prometido, del Babyliiss que habría de alisar los rizos de mi hermana, de una bicicleta nueva para mí. Papá prometía todo para el año siguiente y casi nunca cumplía. Sabíamos que era así, pero nos alegraban las promesas de papá, creo que nos bastaba la idea de que el futuro sería mejor. Antes de que los tiros comenzaran, el futuro siempre había sido más prometedor. Ahora dejó de ser así y por eso ya no tenemos de qué hablar. Ni planes. Papá ya no va a trabajar, ya no hay escuela y todos los vecinos ya se fueron. No habrá aire acondicionado ni aspiradora ni Babyliiss ni bicicleta nueva. Ni siquiera habrá una casa. Estamos callados la mayor parte del tiempo. Nuestra partida para la metrópoli es un asunto todavía más difícil de abordar que la enfermedad de mamá. Tampoco hablamos jamás de la enfermedad de mamá. Nos limitamos a referir la caja de medicamentos que está encima del banco de la cocina. Si alguno de nosotros está preparando algo ahí cerca, le decimos, cuidado con los medicamentos. Como sucede cuando hay tiros. Si alguno de nosotros se acerca a la ventana, entonces, cuidado con los tiros. Pero al instante nos callamos. La enfermedad de mamá y esta guerra que nos hace irnos a la metrópoli son asuntos parecidos por el silencio que provocan.

1. Del quimbundo «quixima», pozo de agua, se refiere a una época seca en que cae un tipo de lluvia muy fina, que recibe el mismo nombre [Nota del trad.].

Papá tose mientras enciende un cigarrillo más. Tiene los dientes amarillos y la casa huele a tabaco incluso cuando él no está. Siempre lo vi fumando AC. Cuando llegó de las vacaciones en la metrópoli, Gegé dijo que allí no había AC. Si es verdad, no sé como se las va a arreglar papá. Estoy seguro de que eso es lo último que le preocupa ahora y no sé para qué me pongo a pensar en eso, por qué pierdo tiempo con cosas que no tienen ningún interés, justo cuando tengo tantas cosas importantes en las cuales debería pensar. Pero no puedo mandar en aquello que pienso. Tal vez mi cabeza no sea muy diferente de la cabeza débil de mamá que en las conversaciones siempre se pierde. De vez en cuando mamá le pide a papá que fume menos, pero papá no la toma en serio, sabe que pasado un tiempo mamá se olvida del pedido como se olvida de casi todo. Las vecinas solían molestar-se con los olvidos de mamá, si doña Gloria no fuera como es, decían, tendríamos que tomar a mal ciertas cosas. Pero mamá es como es y las vecinas no podían tomar a mal lo que querían, aunque no les faltaran ganas. Pero no eran solo los olvidos. Las vecinas también creían que mamá no sabía cuidar de mí y de mi hermana, si nos veían jugar en los charcos de lluvia o corriendo detrás del coche de la TIFA², exclamaban, pobres esos niños que crecen sin ton ni son. Los negros corrían detrás del coche, abrían la boca para engullir la niebla que mataba el paludismo, pero los blancos no, las vecinas sabían que aquella nube blanca hacía mal y les prohibían a sus hijos ingerirla, como les prohibían chapotear en el agua de lluvia a causa de la filariasis. Doña Gloria,

2. Vehículo público usado para rociar las calles con un insecticida famoso, el DDT [Nota del trad.].

la precavían las vecinas, los negros tienen otra constitución y no hay en este infierno nada que les haga daño, por eso tenemos que cuidar a los nuestros.

La culpable de que mamá sea así es esta tierra. Siempre hubo dos tierras para mamá, esta, que la enfermó, y la metrópoli, donde todo es diferente y donde mamá también era diferente. Papá nunca habla de la metrópoli, mamá tiene dos tierras, pero papá no. Un hombre pertenece al sitio que le da de comer, a no ser que tenga un corazón ingrato, era así que papá respondía cuando le preguntaban si extrañaba la metrópoli. Un hombre tiene que seguir al trabajo como el carro sigue a los bueyes. Y tener un corazón agradecido. Papá tuvo una educación primaria muy básica, pero no hay nada que no se sepa sobre el libro de la vida que, según papá, es el que más enseña. Lee y Gegé se reían cuando papá se ponía a hablar del libro de la vida y yo tenía que hacer un esfuerzo para no sentir vergüenza. Debe estar en la sangre de los papás hacer y decir cosas que avergüenzan a los hijos. O en la sangre de los hijos sentir vergüenza de los padres.

Ya se fueron todos. Mis amigos, los vecinos, los profesores, los dueños de las tiendas, el mecánico, el barbero, el padre, todos. Nosotros ya no deberíamos estar aquí. Mi hermana acusa a papá de no interesarse por lo que nos pueda pasar, si fuera por mamá, ya nos habríamos ido hace mucho tiempo, incluso antes que el señor Manuel. No creo que a papá no le importemos, aunque no entienda por qué aún no nos fuimos si algo malo nos puede pasar en cualquier momento. Los soldados portugueses ya casi no pasan por aquí y los pocos que vemos tienen el pelo largo y los uniformes descuidados, los botones de las camisas sueltos y los cordones de las botas sin amarrar. En las curvas dejan

que los *jeeps* patinen y beben *Cucas*³ como si estuvieran de vacaciones. Para papá, los soldados portugueses son unos traidores vulgares, pero para el tío Zé son héroes antifascistas y anticolonialistas. Cuando mamá y mi hermana no están presentes, papá replica que sería bueno que, en vez de antifascistas y anticolonialistas, fueran antiputas, anticerveza y antimarihuana, y así comienza una nueva discusión entre los dos.

Después de lo que le pasó, no sé cómo el tío Zé continúa defendiendo a los soldados portugueses. Tal vez en la cabeza del tío Zé las cosas sucedieron de otra manera, las mentes transforman fácilmente lo que sucede, así no sean débiles como la cabeza de mamá. Justamente hoy, temprano y en mi cabeza, este día dejó de ser este día. Mamá estaba preparando arroz con leche y, por algunos instantes, este día se me transformó en uno de los domingos de otrora, en uno de los domingos libre de tiros. El olor del arroz cocinándose, la persiana de la cocina entreabierta, las gotas de sol en los azulejos verdes, el zumbido de las moscas contra la malla fina de la ventana, Pirata moviendo la cola con la esperanza de lamer la tapa de la olla, todo transcurría como en una de esas mañanas de domingo. Mi hermana cree que es una porquería que Pirata lama las tapas de las ollas, ay, qué asco. Recurre a las mismas muecas cuando tengo las manos sucias con la grasa de la bicicleta, pero, en cambio, no se inmuta con la mezcla de aguacate y aceite que se aplica en el pelo para alisar los rizos, una pasta verde asquerosa que la deja como una marciana. No sé si algún día seré capaz de entender a las muchachas.

3. Marca de cerveza fabricada por la Compañía Unión de Cervezas de Angola [Nota del trad.].